

# DISCURSO.

PRONUNCIADO

EN LA PLAZA MAYOR DE TOLUCA

EN LA

FESTIVIDAD DEL ESTADO LIBRE

DEL 16 DE

MÉXICO,

EN TESTIMONIO

EL

LA ESTIMACION A SUS VIRTUDES,

Y GRATITUD A SUS BONDADES,

RESPECTUOSAMENTE DEDICA

ESTE DISCURSO

*El Autor.*

en sus venas inagotables de plata y oro. España agitada por el mas insolente despotismo, hundida en las nieblas de la barbarie, sofocada por las garras sangrientas de la inquisicion, agena al impulso de la civilizacion europea, nos habia ligado á su infausto destino, y condenándonos al suplicio de Mezencio. La audacia de suti.

\*



DISCURSO

DE

EN LA PLAZA MAYOR DE TORO

EL

PRESENTE

DEL



AL CIUDADANO

MELCHOR MUZQUIZ

GOBERNADOR DEL ESTADO LIBRE

DE MÉXICO,

EN TESTIMONIO

DE ESTIMACION Á SUS VIRTUDES,

Y GRATITUD Á SUS BONDADES,

RESPECTUOSAMENTE DEDICA

ESTE DISCURSO

*El Autor.*

en sus venas inagotables de plata y oro. España, hundida por el mas insolente despotismo, hundida en las nieblas de la barbarie, sofocada por las garras sangrientas de la inquisicion, agena al impulso de la civilizacion europea, nos habia ligado á su infausto destino, y condenádonos al suplicio de Mezencio. La audacia de suti-

\*



AL CIDADANO

SEÑOR

GOBERNADOR DEL ESTADO DE

DE

EN

DE

Y

RESPUESTA

ESTE

El



## COMPATRIOTAS:

**E**sta numerosa reunion que me rodea, esta hermosa ciudad vestida con los arreos del júbilo, la ecsultacion sublime que respira en todos los semblantes, los ecos vivificadores de gozo y de triunfo que llenan el viento, anuncian que celebramos el aniversario nacional, el jubileo patriótico, en que el *Hosana* inmenso de un pueblo regenerado sube en alas reverentes de la gratitud al trono del Dios de los ejércitos.

Sí, conciudadanos, este es el fatídico *Diez y seis de setiembre*, á cuyo nombre solo palpita con nuevo ardor todo corazon mexicano: este es el dia glorioso que forma la era de nuestra vida política; y las justas demostraciones de regocijo con que celebramos su venida, solo son el preludio de las que le consagrarán nuestros hijos, y los hijos de sus hijos, hasta la mas remota generacion. Mientras Anáhuac esté habitado por hombres libres, mientras la verdura vista sus campos, y sus montañas magníficas reciban la luz del cielo, los raptos del gozo público y del entusiasmo patriótico celebrarán á porfia este aniversario memorable.

¡Qué éramos, compatriotas, antes del diez y seis de setiembre de 1810? Colonos oscuros, esclavos de los esclavos de una familia embrutecida, que con escándalo del mundo infamaba un trono con la prostitucion y el adulterio; rebaños humildes, que bajo el yugo y el azote, veneraban los caprichos y saciaban la codicia de procónsules infames, tan estúpidos como feroces. ¡Qué nos servía un clima delicioso, la mas bella situacion geográfica, y un suelo vasto y fértil, cuya menor riqueza consiste en sus venas inagotables de plata y oro? España degradada por el mas insolente despotismo, hundida en las tinieblas de la barbarie, sofocada por las garras sangrientas de la inquisicion, agena al impulso de la civilizacion europea, nos habia ligado á su infausto destino, y condenádonos al suplicio de Mezencio. La audacia de suti.



la negó hasta quitarnos los dones de la naturaleza; y bárbaros visires, para sostener el monopolio monstruoso de la Península, vedaron á nuestros campos la deliciosa vid, y el árbol precioso de Minerva. Se nos aisló del resto del mundo, se nos sellaron las fuentes del saber; y el coloso del despotismo colonial, interpuesto entre nosotros y la civilización, semejaba al ángel riguroso, que guardando las puertas de Edem contra nuestros primeros padres, negaba todo acceso á los árboles de la ciencia y de la vida.

Agotóse, empero, el cáliz de hiel é ignominia que los inescrutables designios de la Providencia hicieron beber tres siglos al pueblo mexicano, y se abrió en el libro del destino una página de sangre y de gloria. El inmortal Hidalgo, el heróico Allende, lanzaron en Dolores el grito de *Independencia*, y esta aclamación sublime, esparcida por todos los ángulos de la nación con el estruendo y la rapidez del rayo, halló un eco en todos los corazones, á que se reveló el amor divino de la pátria. Ni los límites de este discurso, ni la flaqueza de mi voz me permiten seguir las fases de la terrible y sangrienta lucha, que se prolongó por dos lustros entre los oprimidos y los opresores, y que ya la historia se encarga de eternizar en sus fastos. Vosotros, toluqueños, presenciásteis uno de los primeros actos de aquel drama desastroso, y ese soberbio monte de las Cruces, que vemos dibujarse tan magestuosamente en el azul del cielo, inundado en sangre mexicana, fué un vasto altar, en que se ofreció á la libertad un holocausto inmenso.

¿A qué, pues, repetir debilmente lo que todos saben, y recordar escenas en que tal vez fueron actores muchos de los que me rodean? Mas, ¿qué digo? Perdonad, ciudadanos, que haya supuesto dudosa una verdad que mis ojos testifican, y sin salir de este breve recinto permitidme señalar á vuestro amor y respeto al ilustre general gefe del estado, y al digno prefecto del distrito, que fueron de los primeros en obedecer el llamamiento de la pátria, y arrojándose generosamente al peligro, la consagraron en la lid sus brazos y sus corazones.

¡Ay! ¿Por qué han de mezclarse recuerdos fúnebres á los himnos y aplausos de triunfo con que celebramos este día venturoso? ¿Qué rios de sangre mexicana cimentaron el templo de la independencia, y cuantos y cuantos mártires ilustres cayeron víctimas en sus aras! Hidal-



go, Allende, Abasolo, Balleza, Aldama, Bravo, Galea, Matamoros, Morelos, y otros mil héroes, fueron sacrificados al furor enemigo, y al precipitarse en una tumba grieta, solo pudieron ver el triunfo de la libertad con los ojos de la esperanza. Tributémos tierna gratitud á su memoria, y envidiémos su glorioso destino. Con el sacrificio de algunos dias breves y perecederos compraron sempiterna fama y perdurable vida. El Omnipotente acogió sus almas generosas en los tabernáculos celestiales, y sus manes augustos, consagrados por la voz de la historia y el canto de las musas, tienen indestructible templo en la veneracion de la pátria reconocida.

Empero, estas pérdidas tan sensibles no pudieron frustrar la grande obra de la restauracion mexicana. Los patriotas perdian sus caudillos, sin renunciar á la inmortal empresa. A los once años de combates apareció un nuevo adalid, y á su aspecto solo cesaron en todos los ánimos los temores, la division, la incertidumbre. La nacion en masa se adunó en torno del estandarte salvador erigido por el gefe de Iguala: su génio organizó, como por encanto, una fuerza irresistible, y los tiranos quedaron yertos, petrificados de pavor ante el héroe, cual si hubieran visto abrirse la tremenda urna de los hados. Desplomóse el trono del poder colonial, se destrozaron las ominosas cadenas, y México llena de heridas, pero vengada, independiente y libre, revindicó su dignidad, y apoderándose de un porvenir brillante de gloria y grandeza, se asentó con magestad entre las naciones.

Compatriotas! ¿Cual de vosotros ha olvidado á setiembre de 1821? Diez años han pasado, y su memoria mágica aun hace palpitar de gozo todos los pechos, y baña los ojos en dulcísimo llanto. ¿Quién de vosotros no recuerda, como el dia mas bello de su vida, el que completó la redencion de nuestro suelo? ¡Ah! vuestros corazones os dicen que aquellos afectos no pueden repetirse en el curso de una existencia mortal. El mundo envejecido no volverá á ofreceros las emociones puras, enérgicas, sublimes, con que entónces os animó el instinto de la patria, cuando alzábais la frente al sol con magnánimo orgullo, adorabais con efusion inmensa de gratitud al Omnipotente, y luego, contemplando estáticos la marcha triunfal del ejército trigarante por las calles de la soberbia México, entre truenos de aclamaciones, os enloquecia de amor la vista de su PRIMER GEFE, en cuya noble cabeza, qué la vic



la cubría con sus alas, parecían reposar los destinos de la patria, y personificarse su gloria y su fortuna.

¡Padre y libertador de Anáhuac! recibe en tu sangriento sepulcro el tributo de lágrimas y gratitud de la nación que redimiste, y no fué cómplice en tu abominable asesinato. En este día de júbilo, ¿quién podrá olvidar al autor de la independencia, ni dejará de gemir la fatalidad de su destino? ¿Qué alma de hiel y de fango osará hoy discernir sus errores, entre el esplendor de su beneficio inmenso? A despecho de pasiones rencorosas, su nombre sublime será bendecido por cuantos mexicanos conserven una centella de patriotismo, mientras los últimos rayos del sol que nos alumbra coloren de púrpura las cumbres de nuestras montañas.

Pero tan brillantes días no tardaron en anublarse con la fiera borrasca de las disensiones políticas. Dispensadme, conciudadanos, de trazar el ominoso cuadro de calamidades, con que nos visitó la cólera del cielo. El libertador de Anáhuac y un presidente de la república, benemérito de la patria, ensangrentando el patíbulo; otro presidente y un vice-presidente, también benemérito de la patria, sujetos á un ostracismo duro, y bebiendo, mezcladas con lágrimas, las aguas de ríos extranjeros; los ódios y las calumnias; la guerra civil y las proscripciones; la rebelion y el pillage; la ley fundamental cubierta con un velo fúnebre; las pasiones usurpando la soberanía y profanando el santuario de las leyes; el desaliento, el terror y sacrificios innumerables en los campos y en los cadalsos á la furia de la ambicion, y el frenesí de la venganza. ¡Tristes y deplorables pasiones! sea ya vuestro solo castigo la reprobacion de la posteridad, y el perdón generoso de las víctimas! ¡Ojalá que tantos desastres nunca salgan de nuestra memoria, que el infierno cierre sobre vosotras cien puertas de bronce, y que la trémula vejez enseñe á la infancia á temeros y maldeciros en sus primeros acentos!

Corramos, compatriotas, un velo de piedad sobre tales horrores, y descansémos la vista en objetos mas agradables. En el aniversario del grito de la independencia, no estará de mas el recuerdo de los valientes, que en este propio mes, la afianzaron en las playas de Veracruz y Tamulipas. El tirano de España, á cuyos oídos llegó el clamor de nuestra bárbara discordia, lanzó al mar una hueste de esclavos, que nos unciera de nuevo al yugo, y es.



tampara de nuevo en nuestras frentes el sello afrentado de la servidumbre. „Inclinaos á vuestro señor,” nos gritaban insolentes, agitando las cadenas y soñando victoria despojos. El trueno del cañon respondió á sus intimaciones insensatas, y solo hallaron en nuestras playas el cautiverio, la muerte y la ignominia. Los ilustres Santa Anna y Terán, á la cabeza de un puñado de bravos, triunfaron de los españoles, de la hambre, del rigor de un clima fortífero, y del furor de los elementos desencadenados, mil veces mas temibles que el enemigo. Los vencedores de los heroes de las pirámides, Marengo, Austerlitz y Jena, rindieron sus armas y abandonaron sus banderas á los soldados de la república, en los términos mas humillantes que recuerda la historia militar de España. La fama de la agresion y el aplauso del triunfo llegaron juntos á las playas de Europa, enseñando á los reyes atónitos que la independendencia solo perecerá con los Andes que son sus eternos altares; y el génio de la historia, que vela sobre el universo, tras las épocas de DOLORES é IGUALA, grabó en sus tablas de diamante el nombre de TAMPICO.

Empero, si nuestros campeones se han merecido los laureles de Marte, combatiendo por fundar y defender la independendencia y libertad de la nacion, aun nos queda abierto mas de un camino de bella y pacífica gloria. La educacion popular, las reformas de la legislacion, el fomento de la industria, la estension de los conocimientos útiles, la mejora de la moral pública, son objetos que llaman la atencion y ecsigen los servicios del capitalista, del sabio y del patriota. No hay clase, no hay individuo de la sociedad, por limitada que parezca su esfera, que no pueda hacer á la patria un servicio importante, contribuyendo á sostener el espíritu público, y promoviendo la conservacion del órden y de la paz, cuyo balsámico influjo tanto necesitan los pueblos para restablecerse de los males que han padecido

Renunciémos, compatriotas, para siempre á rencores bárbaros y á divisiones funestas. Abjurémos el vano optimismo, que ha sido la causa ó el pretesto de tantos crímenes y desastres. Cuando la paz huye del antiguo mundo, eternicémos sus altares en Anáhuac: ella y la libertad nos atraerá poblacion, ilustracion y riquezas. Conservémos y defendamos con celo y amor la constitucion federal, que bien observada es la mas propia para garantizarnos todos los beneficios de la sociedad mejor constituida, y el goce



Los inapreciables derechos de hombres y de ciudadanos. Libres de la ominosa impiedad, como de la superstición y del fanatismo, venerémos la religion hija del cielo, que nos enseñaron nuestros padres, y ajustémos nuestra conduta á la moderacion de sus máximas divinas. Paz, union, tolerancia y olvido respecto de errores pasados, y muerte, infamia, maldicion eterna al que ose en adelante evocar del infierno á la feroz anarquía!

Asi gozarémos en su plenitud los beneficios de la gloriosa revolucion que hoy conmemoramos, y este es el mas bello homenaje que podemos tributar á los campeones y mártires de la independendia. Si los objetos de este mundo aun pueden afectar sus nobles almas en las mansiones eternas, sin duda nos contemplan en este momento, y si pudieran hacernos oír su voz, conciudadanos, dijeran: „no es solo con demostraciones de alegría como debeis celebrar este aniversario solemne, sino con santas y patrióticas resoluciones. El diez y seis de setiembre, al paso que me recuerda nuestros afanes y sacrificios, os habla con mucha elocuencia de vuestros deberes. Nosotros creamos que la independendia con nobles sudores y sangre: á vosotros reservó la Providencia divina su conservacion y defensa. Elevad, pues, la república á la gloria, poder y felicidad á que la llaman sus destinos, y que todos los años venideros celebren este gran dia entre los dones de la abundancia y de la paz, y las miradas mas benignas „del cielo!”